

Imágenes y realidad de los Caminos de Santiago Resumen de la conferencia

Fernando López Alsina

Las imágenes y representaciones sobre los Caminos de Santiago se elaboran una vez que han cristalizado los diversos caminos. Si la segunda y última muralla de la ciudad de Santiago, construida en el segundo tercio del siglo XI y finalizada antes de 1066, tenía siete puertas, podemos aceptar que los caminos medievales han sido también siete. Sus usuarios no han sido solo gentes que peregrinan a Compostela, pero la inmensa mayor parte de los peregrinos jacobeos, especialmente los de más allá de los Pirineos, acaban por incorporarse a ellos en algún momento del curso de su peregrinación. Este flujo estable de viajeros y peregrinos a Compostela explica que en un determinado momento, diferente para cada uno de los siete caminos, cristalice entre los contemporáneos el “dromónimo” Camino “de Santiago” para referirse a estas vías de peregrinación compostelanas. La relevancia histórica de cada uno de estos siete caminos se puede medir a través de dos indicadores. El primero es su longitud, que queda expresada por la distancia existente entre Santiago de Compostela y los puntos atravesados situados en el Camino en los que es posible documentar la existencia del topónimo. El segundo es el número de ramales o afluentes de cada camino. En ambos aspectos el gran camino y también el más antiguo es el que entraba en la ciudad de Santiago por la Puerta del Camino, cuyas ramificaciones con la denominación específica de Camino de Santiago encontramos en Melide, Puente la Reina y Ostabat, ya en el sur de Francia. La longitud de este Camino está por determinar, aunque se constata la denominación Camino de Santiago en ciudades tan alejadas de Compostela como Montpellier.

“El camino” por antonomasia, históricamente hablando, es precisamente este. Las tierras que atraviesa quedan sujetas a dominio cristiano desde el 924. Durante el resto del siglo X es una ruta transitable. En el curso del siglo XI cristaliza como ruta de circulación protegida a cambio del pago de peajes. La han recorrido antes de 1072 contingentes de peregrinos de Italia, Francia y Alemania. A remolque llegan las primeras acciones de los monarcas peninsulares. Eliminación de peajes para peregrinos, construcción de calzadas, puentes y hospitales. Es particularmente reveladora la referencia del año 1074 para la zona del Bierzo: “villa in ripa de aqua iusta illa ponte de calzada de francos”. Inmediatamente aparece la denominación Camino de Santiago aplicada a este gran Camino, por ejemplo en Nájera en 1079.

La formación y cristalización del Camino de Santiago es resultado del incremento de la peregrinación, lo cual, a su vez, puede ser interpretado como una manifestación de la expansión del culto sepulcral de Santiago Apóstol en Compostela. Los dos componentes básicos que conducen a la formación del culto sepulcral hunden sus raíces en la más temprana Edad Media. Desde el siglo VI se difunde por varias vías en el Occidente latino la noticia de su predicación en *Hispania*. En la penúltima década del siglo VIII se le atribuye en exclusiva la misión apostólica en el Occidente y se le invoca como protector y patrono particular de la comunidad y del rey. Se instituye una nueva fiesta litúrgica el 30 de diciembre. Finalmente se descubre su sepulcro, se funda su culto sepulcral y se explica cómo y cuándo llegó su cuerpo sin vida hasta el lugar de enterramiento.

Una vez arraigado el culto en Occidente y formada la gran peregrinación de la Cristiandad latina a Compostela, el fenómeno del Camino recibe sus primeras interpretaciones. La primera se acuña en la propia Compostela entre 1088 y 1095. La revelación del sepulcro de Santiago se sitúa sintomáticamente en el tiempo del emperador Carlomagno (+814), porque se pone en circulación una primera versión de la relación legendaria de Carlomagno con Santiago. El propio Santiago revela al gran emperador el significado del camino de las estrellas que conduce a su sepulcro olvidado en una España dominada por el Islam. Carlomagno inicia su camino desde Aquisgrán, impone el dominio cristiano en la Península y, ya en Santiago, establece que sea siempre una sede episcopal con un colegio de canónigos. Este relato era una forma inteligente de defender la apostolicidad de la sede de Santiago, cuando Roma exigía quizá demasiados cambios, demasiado rápidamente. Frente a la teocracia, el estatuto de Santiago se asociaba a la voluntad imperial.

Esta primera imagen del Camino fue rápidamente contestada. La llamada Crónica Silense potencia la figura de Sancho el Mayor en lo tocante al Camino y recuerda orgullosamente que, en punto a combates con el Islam, la ayuda ultrapirenaica había brillado por su ausencia. Poco después, el obispo Pelayo de Oviedo, asociaba el Camino de Santiago y su equipamiento de infraestructuras viarias con la figura del rey Alfonso VI. En la cuarta década del siglo XII se atribuye al arzobispo de Reims el relato de la primera y de una segunda campaña de Carlomagno en España, esta última culmina con el reconocimiento de un estatuto primacial para la sede apostólica compostelana. El espacio recorrido por este camino y por las vías de peregrinación reconocidas en el Libro V del Códice Calixtino se asemejan significativamente al imperio de Alfonso VII, coronado en 1135 en León: del Ródano al Padrón de Santiago, junto al Océano. El mismo Padrón junto al cual Carlomagno había plantado su lanza junto al mar. La última imagen considerada en la conferencia es una de las que se ofrecen en el Libro V del Códice Calixtino: el camino y sus ramales como la sucesión de sepulcros de santos que el peregrino debe visitar. El camino de los sepulcros de los santos conduce al gran sepulcro del Apóstol.